

“Sin Navarra, nada”

(Diario de Navarra, 22. 05. 2007)

Pues sí, lector, en esta partida electoral los navarros nos jugamos mucho. No es que lo diga la derecha y lo niegue la izquierda (que en este punto tienen sus papeles cambiados), sino que lo proclama el puro sentido común. El “discurso del miedo” lo llaman los mismos causantes de ese temor, cuando lo insensato sería no experimentarlo. Piensa un poco y verás. Piensa en nuestra coyuntura política a partir de la reciente propuesta de Batasuna con vistas a sumar Navarra a la Comunidad Vasca.

Para estar intranquilos en esta materia, no hace falta disponer de tantos indicios ni constatar a diario la tibieza sumisa del socialismo local. En realidad, bastaría con remitirse a la doctrina nuclear de todo nacionalismo etnicista. Cuando Otegui pregona que “sin Navarra, nada”, no manifiesta un capricho pasajero o una ambición insaciable, sino que se limita a reiterar los dogmas primeros de su catecismo. Se resumen en los principios de que cierta afinidad natural y cultural entre pueblos vecinos (Navarra y Euskadi) los constituyen en una sola nación (Euskal Herria) y que toda nación tiene derecho a ser Estado. El uno es en gran medida una falsedad de hecho, el otro es democráticamente indefendible, pero ambos principios llaman con urgencia a hacerse realidad. Y si no es por las buenas (Nafarroa Bai), será por las malas (ETA).

Frente a aquella desvergonzada pretensión, sólo se escuchan entre nosotros unas pocas réplicas y a cuál más insuficiente. Ahí tienen la tararira de que “Navarra será lo que quieran los navarros”. Se diría que, en un régimen democrático que se precie, lo mismo que vale para los navarros en esta particular tesitura vale también para todos los demás ciudadanos en cualquier otra. Hasta Albacete debería ser a fin de cuentas lo que la mayoría de los albaceteños quisiera. Además de vacua, huele a fórmula tramposa. Esa manida receta apunta a una eventual respuesta de los navarros, que ya se conoce, pero deja sin cuestionar la pertinencia de la pregunta misma, que sólo enuncia el nacionalismo vasco e invocando premisas reaccionarias.

Pero lo más difícil de entender es que el riesgo mayor que puede amenazar a un Estado,

la secesión de una parte de su territorio (y ese es el sentido final de aquella propuesta) no merezca un nítido pronunciamiento del Gobierno y de los órganos centrales de su partido. El partido en el poder, que como los demás ha de contribuir a formar los criterios políticos de la ciudadanía, renuncia a hacer públicas sus propias preferencias acerca del futuro de Navarra. En cuanto al Gobierno, todo indica que su política aquí es la de no hacer política... por singular respeto a los navarros.

Este pronunciamiento de que no hay que pronunciarse encaja a la perfección con otras fórmulas predilectas del presidente Zapatero. Recordemos así que, “en ausencia de violencia, todo es legítimo”, ya sea la asociación de Navarra con Euskadi o la deforestación del Amazonas. Rotundamente falso: lo uno o lo otro será legítimo sólo si, junto a gastar modales pacíficos, ofrece fundamentos de justicia aceptables. De ahí la cortedad de que, a la demanda de Batasuna, se responda que no hay que responder mientras aquella no condene la violencia. ¿Y por qué no replicar *más a fondo* que tanto la reivindicación anexionista como su respaldo por el terror carecían desde el primer día de todo derecho moral? ¿O es que, desaparecida ETA, los apetitos nacionalistas sobre Navarra estarían más justificados? Sin ejercicio del terror, ¿cualquier estatus político de Navarra tendría que darnos lo mismo y ya podríamos acordar el *órgano común*...?

En lugar de fomentar estas reflexiones, se acude como único faro a la Disposición Transitoria 4ª de nuestra Constitución. Pero esta cláusula legal tan sólo establece el procedimiento para una hipotética incorporación de nuestra sociedad a la comunidad vasca. Y eso es poco decir mientras, más allá de la *legalidad*, no se postule algún criterio de *legitimidad* que justifique semejante paso. Acaso esa misma norma, por el mero hecho de preverlo, esté asumiendo aquel falso principio nacionalista de que algún vínculo cultural habrá de reflejarse en una unidad política. Pues aunque una parte del territorio foral sea de tradición vasca, no por ello sus habitantes deberían formar un cuerpo político con Euskadi; y menos aún con una Euskadi que alienta afanes de secesión. Mal que le pese al nacionalista, hay plena congruencia entre sentirse parcialmente vasco y saberse al mismo tiempo ciudadano navarro y español.

Democracia es mucho más que un ejercicio de expresar voluntades políticas y sumarlas. De modo que no basta concluir que, si ellos *quieren* Navarra, nosotros *no lo queremos*, y que los votos decidan. Además de mayoritaria, nuestra opción política se apoya también en

razones de mayor justicia que las contrarias. A ver, lector, si alcanzamos el gobierno capaz de representar a esa mayoría y de guiarse por sus mejores razones.